

24 horas en la vida de un gran músico

El maestro ECHEVARRIA, director de la Banda Municipal de Madrid, comienza su jornada a las ocho y media de la mañana

DEDICA LAS MAÑANAS A ENSAYAR; LAS TARDES, CLASES EN EL CONSERVATORIO, Y LAS NOCHES, A COMPONER

LA BANDA TIENE ACTUALMENTE EN REPERTORIO MAS DE MIL OBRAS

CUANDO llegamos al domicilio del insigne maestro Echevarría, director de la Banda Municipal de Madrid, se oye suavemente, desde la puerta, el piano que suena en el interior. El maestro está trabajando. Nos violenta tener que interrumpirle y restarle unos cuantos minutos en su labor. Pero el maestro don Victorino Echevarría López es la sencillez personificada, en unión con una gran cordialidad afectuosa.

Desde el momento es que nos encontramos frente a él, nos sentimos como ante un amigo de siempre, aunque acabamos de conocerlo. Tiene un trato paternal y bondadoso que se presta al diálogo. Charlamos largamente sobre sus comienzos: desde su nacimiento en la provincia de Palencia, donde su padre se hallaba entonces. Pero el destino le tenía reservadas grandes cosas, que se iniciaron con el traslado de su padre a Madrid. Aquí transcurrió ya la infancia de Victorino Echevarría, que sin saber cómo ni por qué, se inclinó hacia la música.

—Nadie me dijo que lo hiciera, ni existía en la familia ninguna razón especial que me indujera a ello. Fue por gusto, por inclinación natural; acaso por casualidad. La vida me llevó directamente, desde el principio, por el camino de la música.

Luego su carrera fue subiendo peldaños a peldaños: director adjunto de la Banda Municipal de Madrid, catedrático del Conservatorio y finalmente director titular. Una vida de estudio, de tesón y de trabajo es la que ahora se abre ante nosotros en esta entrevista de hoy.

—¿Cómo son actualmente los días del maestro Echevarría?

—En general, bastante iguales los unos a los otros. Ensayos con la Banda por la mañana, clases en el Conservatorio por la tarde. Y conciertos.

—¿En qué momento comienza su jornada?

—Entre las ocho y cuarto y las ocho y media de la mañana. A esa hora suelo despertarme, sin necesidad de que nadie me llame o me avise. A veces me despierto antes.

—¿Permanece un rato en la cama o se levanta inmediatamente?

—No puedo estar en la cama. En cuanto me despierto me pongo en pie. Me pondría nervioso si permaneciera acostado.

—Una vez levantado, ¿qué es lo primero que hace?

—Tomar una ducha rápida... Luego me afeito. Por cierto, con una maquinilla eléctrica...

Lo aclara el maestro Echevarría porque, según nos dice luego, ha leído todas nuestras entrevistas anteriores:

—Yo uso la máquina eléctrica desde hace siete u ocho años y me va muy bien. Estoy satisfecho con ella.

—¿Qué hace luego?

—Desayunar y leer los periódicos, simultáneamente.

—¿Qué suele tomar en el desayuno?

—Café con leche, acompañado con unas galletas con mermelada de ciruela o bien frutas en conserva.

—¿A qué hora sale de casa?

—A las diez de la mañana. Casi todos los días tenemos ensayo. Pero aun cuando la Banda, por cualquier causa especial, no se reúne para ensayar, yo siempre tengo trabajo allí.

—¿Dónde ensaya la Banda?

—En un edificio municipal dedicado a oficinas, cuya entrada está en la calle Imperial, número 8, aunque da también a la Plaza Mayor. Es un local antiguo, que no reúne condiciones para los ensayos. Además, como allí hay muchos despachos, es evidente que cuando la Banda ensaya, molesta a los que se hallan trabajando en aquel caserón.

—¿Qué solución ve usted a ese problema?

—Una, de la que se viene hablando hace tiempo y que ahora parece que puede ser realizable: la construcción de un auditorium en el Retiro, tanto para conciertos como para los ensayos. Allí no molestaríamos a nadie y trabajaríamos mejor.

—¿A qué hora comienza el ensayo?

—A las once. Pero todos estamos allí bastante antes de esa hora. Yo, porque tengo que preparar y ultimar muchas cosas. Los profesores, haciendo emboadura, estudiando partituras, etcétera. Son todos magníficos músicos, pero lo son precisamente por eso, porque estudian y trabajan mucho.

Por HERMINIO PEREZ FERNANDEZ

—¿Cómo va usted hasta el local de ensayos, en coche?

—No. Ya sabe usted que los artistas nunca tenemos dinero. Yo todavía no he ganado para comprarme un coche. Suelo ir a trabajar en el Metro o en el autobús. Sin embargo, cuando salgo de casa con el uniforme para ir a algún concierto, suelo tomar un taxi, gastándome mi dinero sólo en atención a la obligada dignidad del uniforme.

—¿Cómo se inicia el trabajo?

—Es muy sencillo. La Banda tiene sus archiveros y ordenanzas, que entran a las nueve de la mañana y se encargan de colocar sobre los atriles las partituras previstas para el ensayo de cada mañana. Cuando a las once se dan dos palmadas de llamada, todo está ya dispuesto y comenzamos el ensayo inmediatamente.

—¿Se preparan los programas con mucha antelación?

—Sí, hay que hacerlo así, porque la tarea es muy laboriosa. Generalmente, preparamos los programas, siempre que es posible, con un mes de adelanto. Hay que tener en cuenta que los ensayos son muy concienzudos. Y, sobre todo, que tenemos un repertorio que rebasa el millar de obras. Afortunadamente, contamos con un magnífico plantel de músicos jóvenes que trabajan en la tarea más ardua: la transcripción de partituras de piano o de orquesta para banda. Labor difícilísima y tanto más estimable cuanto que no está bien pagada. Llegar a tener más de mil obras en un repertorio así, elaborado a brazo, es algo que no se paga con dinero.

—¿Son muy duros los ensayos?

—Sí que lo son. Concentrar la atención durante dos horas y media, esforzarse en lograr la máxima pureza y calidad de sonido, repetir, conjuntar. Son tareas muy laboriosas. El público que asiste a los conciertos, generalmente no aprecia estas cosas: cree que todo sale bien porque sí, cuando la realidad es que a esa perfección se llega tras un esfuerzo constante y muy fatigoso.

—¿A qué hora finaliza el ensayo?

—A la una y media. Y no porque sea tarde, sino porque, como le digo, no es posible aguantar más tiempo ese esfuerzo de atención y de tensión que exige el ensayo.

—¿Es usted muy exigente con sus profesores?

—No necesito serlo. Primero, porque son todos muy buenos, magníficos músicos; después, porque todos ponen el mayor celo, el mayor interés. Yo sólo quiero que las cosas salgan bien. Y eso es precisamente lo que queremos todos.

—¿Muchos profesores en la Banda actualmente?

—Ochenta y nueve.

—¿Asisten todos a los ensayos?

—Sí no existe una causa importante que se lo impida, desde luego. Es una obligación para todos.

—¿Qué obras considera más difíciles?

—Yo creo que no hay obras fáciles para una banda. Todas tienen su valor y su dificultad. Hasta la que parezca más simple.

—¿Acaba usted el ensayo fatigado?

—¡Hombre! Cansado sí, porque es un trabajo, como digo, muy laborioso. Pero no fatigado, porque la costumbre hace mucho.

—¿Dónde va cuando termina?

—Suelo llegar al Ayuntamiento hasta las dos de la tarde, para ver si hay algún aviso, correspondencia, instrucciones, etcétera.

—¿Dónde va desde allí?

—Directamente a casa, para comer con mi esposa.

—¿Es usted aficionado a la buena mesa?

—En otros tiempos, puedo decir que me gustaba comer bien. Ahora ya no: soy parco en la comida.

—¿Qué platos le gustaban más?

—Uno de mis predilectos era el marisco. Pero lo tengo prohibido, por culpa de un principio de hipertensión, por fortuna muy leve. Entre unas cosas y otras, soy frugal en las comidas: la verdura y el pescado suelen ser mis alimentos habituales.

—¿Y el postre?

—Fundamentalmente, fruta del tiempo.

—¿Café, copa y puro?

—De eso, nada. Hace ya tiempo que no tomaba ni café ni copa. Y hace unos tres meses el médico me aconsejó que no fumara, de modo que también dejé el tabaco.

—¿Le costó mucho trabajo?

—No mucho. La verdad es que no era un fumador empedernido. Sin embargo, sí fumaba lo suficiente para pensar que me iba a costar un gran esfuerzo dejar el tabaco. Pero no ha sido así. Ha sido menos sacrificio de lo que yo temía.

—¿No echa de menos el cigarrillo?

—En algunos momentos. Sobre todo cuando me siento al piano para componer, si lo extraño mucho.

—¿No lo ha sustituido con caramelos u otro sucedáneo?

—No, no. Nada de eso. Creo que es mucho peor intentar la sustitución. Lo suprimí a rajatabla.

—¿Duerme usted la siesta?

—Sí. Me acuesto después de comer, durante unos veinte minutos. Es una costumbre que tengo hace años y me va muy bien, aunque sólo sea un ratito. No tengo tiempo para más, porque a las tres y cuarto o, a lo sumo, las tres y media, salgo nuevamente de casa.

—¿Al Conservatorio?

—Efectivamente. Allí tengo todos los días una clase de cuatro a seis de la tarde.

—¿Cuál es su asignatura?

—La armonía.

—¿Es difícil?

—Depende de la facilidad que el alumno tenga para asimilarla.

—¿Es importante?

—Es el primer paso y el más decisivo en la carrera del compositor. Hecho eso, todo lo demás le resultará muy facilitado.

—¿Hace muchos años que es catedrático?

—Veinticinco.

—¿Qué hace al terminar las clases?

—Cuando hay conciertos, voy a todos ellos. Me interesa mucho estar al tanto de la vida musical, dentro del ambiente que es mi ambiente. Si no hay conciertos, vuelvo a casa. Algunos días me voy con Pilar, mi esposa, al cine o al teatro.

—¿A su esposa le gusta la música?

—Desde luego. Mucho. Aunque sólo fuera por los años que lleva oyéndola y viviendo todos los problemas que la música me plantea a mí.

—¿A qué hora compone usted, maestro?

—Generalmente, por las noches.

—¿Tiene muchas obras estrenadas?

—Bastantes.

—¿Sus preferidas?

—Yo creo que los padres no deben tener preferencias por ninguno de sus hijos. Todas me parecen iguales.

—¿La última estrenada?

—Hace unos días, en los festivales musicales de Cuenca: "Angélica", una cantata litúrgica que compuse el año pasado.

—¿Qué tiene ahora entre manos?

—Una cosa muy pequeña que me han encargado. Pero estoy pensando ya en componer un tríptico navideño para coros y orquesta que me atrae mucho.

—¿No merienda usted?

—Suelo tomar por la tarde un poco de café con leche.

—¿La cena?

—A las diez de la noche casi siempre. Y a base de verduras y pescado.

—¿No come usted demasiado poco?

—No. Estoy convencido de que para mantenerse en pie no hace falta comer mucho. Lo mejor es una alimentación sana y metódica. Las cenas pesadas y las digestiones difíciles ocasionan muchas molestias. Yo no podría dormir si cenara otra cosa.

—¿Después de cenar?

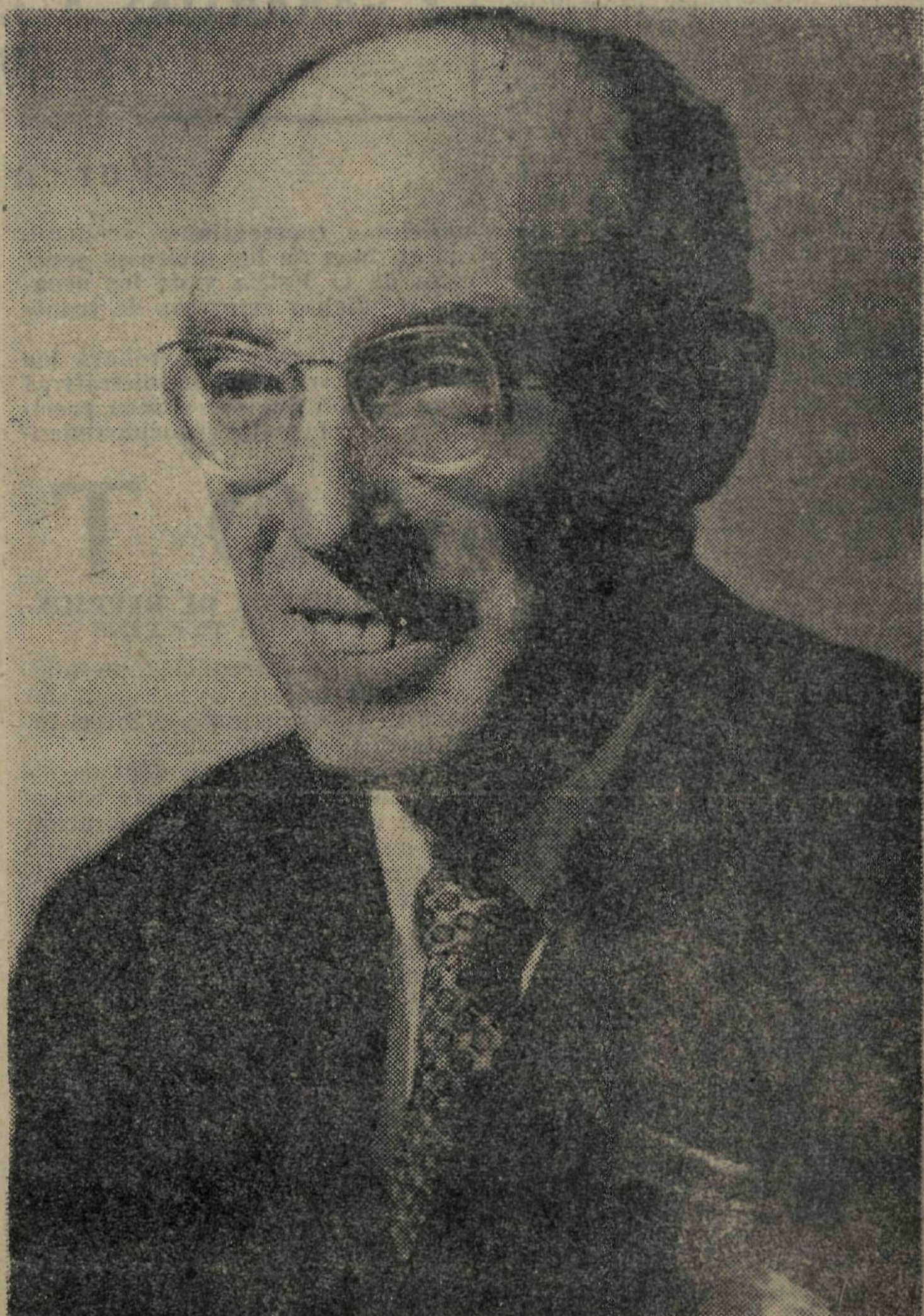
—Oímos un rato la radio. Mi esposa suele quedarse ante el receptor y yo me encierro aquí, en el despacho, para trabajar al piano. No sólo a componer, sino también a preparar trabajo para la Banda.

—¿No le gusta la televisión?

—Sí me gusta. Pero precisamente no he querido instalarla en casa por miedo a que me reste tiempo para trabajar. No deja de ser una tentación quedarse a ver algunos programas muy interesantes.

—¿Cuáles son sus aficiones preferidas para los ratos libres?

—La lectura. Los toros y el fútbol no me atraen y no me entretienen. Los libros de todas clases, sí. Y también me gusta



mucho ir al cine con mi esposa.

—¿Qué películas le gustan más?

—Las intrascendentes, las que divierten y no hacen pensar. Para pensar, prefiero ir al teatro, que también nos gusta mucho. Quizá el cine me interesa más por eso, porque con películas entretenidas descansa la mente.

—¿Algún título que le haya gustado especialmente?

—Todas estas últimas superproducciones, como "Ben Hur", "Los Diez Mandamientos", "Cleopatra", "55 días en Pekín". Son películas grandiosas que también me gustaron mucho.

—¿Cuándo toma sus vacaciones?

—En verano es imposible, porque tenemos conciertos de la Banda aquí o en salidas a diversas capitales, lo cual nos obliga a trabajar más. Las vacaciones en invierno ya no son tan apetitosas, pero solemos hacer alguna escapada cuando es posible.

—¿Qué hace los domingos?

—Si hay concierto por la mañana, me levanto también temprano. Si no hay concierto, paso la mañana tranquilamente en casa, con mi esposa, leyendo, hasta la hora de la misa, que solemos oír en la iglesia de Covadonga o en los padres Teatinos, que son muy amigos nuestros.

—¿A qué hora termina su actividad de cada día?

—Suelo acostarme hacia las dos de la madrugada. Me basta con cinco horas y media de sueño, como máximo. Y suelo dormir perfectamente.

El maestro Echevarría nos habla también de su nietecito, que vive con ellos desde que murió la mamá, una hija del maestro. Es un niño precioso, de dos años, que tiene entusiasmo a su abuelo.

—Siempre me gustaron los niños, pero mis nietos mucho más, naturalmente.

Tiene también otros cuatro nietos que le ha dado su hijo, pero éstos viven lejos de Madrid.

En el confortable despacho, donde hay una hermosa biblioteca, un cómodo tresillo y un bello piano "Chasagne Hermanos", reina una gran calma. Sólo la turba la alegre algarabía de los chiquillos que juegan en un parque contiguo. Pero esas voces jubilosas deben ser una bella música de fondo para las hermosas partituras que el maestro Echevarría sabe arrancar al teclado...

Nos despedimos, agradeciéndole el rato tan agradable que hemos pasado en su compañía, comprobando que además de un gran compositor y un director famoso, es también una persona de una humanidad incomparable.